

Queridas almas hermanas: Es un placer poder mostrar el grado de sabiduría kabalística de la que es poseedor Mario Satz, este gran maestro y poeta, ya conocido en anteriores artículos. En este cuidadoso trabajo, fragmento del libro “Jesús el Nazareno, Terapeuta y Kabalista”, nos habla de la figura del Rabí Yeshúa de Nazaret frente a la dualidad de Biná, iniciarse en el Daat a través del ejemplo de la unidad celular, en realidad, un camino hacia el Árbol de la Vida.

El Maestro nazareno, Daat y la célula

Taumaturgo, el iniciado nazareno, quien como el discípulo de Osiris experimenta una muerte simbólica, «resucitando al tercer día de entre los muertos», podía llegar a decir con conocimiento de causa lo que Jesús en el *Apocalipsis* 22:13: « Yo soy alfa (*Alef*) y omega (*Tav*), principio y fin, el primero y el postrero». Puesto que hay dos *et* en el *Génesis* (*Bereshit bara Elohim et hashamayim ve et ha'aretz*), muy apropiadamente el *Bahir* nos aclara: « En cuanto a la segunda partícula *et*, en concreto la que precede a la expresión *ha'aretz* (la Tierra), ella figura con el fin de englobar a los árboles y las plantas, así como también al Jardín del Edén.

Por ello, quien llegase a conocer este tremendo poder contenido en las letras -que a los egipcios enseñó Toth y a los hebreos Moisés- podía, sin duda, crear «nuevos cielos y nuevas tierras», renovar el mundo. Lo oculto en Daat, el Conocimiento, no se otorga sino a aquel que acepta antes el descuartizamiento osiríaco que, observemos, se manifiesta en la extensa red invisible que el lenguaje extiende por el mundo a través de sus fonemas, símbolos, radicales y acentos y la distribución y descomposición del oxígeno por los alvéolos y capilares de nuestros pulmones, pues tanto el sistema respiratorio como el sistema circulatorio constituyen la *cara oculta y complementaria* del Árbol Sefirótico. Si aceptar la vida es aceptar la muerte, Osiris-Dionisos-Jesús, terapeutas y kabalistas, yendo en pos del misterio del grano, se sometían voluntariamente a la partición, a la segregación, cariocinesis o

división indirecta de todas las células, para reintegrarse luego a un luminoso orden unicelular, a la fuente ígnea.

Debajo de Keter, hacia Tiferet, entre la cabeza y el corazón, el pensamiento y el lenguaje, en el abismal Daat con sus moradas de sombra y desazón, en plena noche de los sentidos, frente a la verdad y la justicia, sometido a toda clase de pruebas, el iniciado debía -si tenía el corazón limpio- prepararse para una vida verdaderamente libre. Cuando la balanza de la psicostasia no hallaba falta en él, el «difunto», el «muerto y resucitado», podía, victorioso, ir a «todos los lugares» y devenía una ley para sí mismo. Del mismo modo que la verdadera salud es, en el interior de nuestro cuerpo, la libertad funcional de sus órganos y vísceras - un perfecto e inocente siendo- aquellos que sacando fuerzas de su enfermedad se disponen a sanar, a devolver la alegría primigenia al mundo que los rodea y no sabiendo nada específico sobre el amor que los anima, especifican sin embargo amor en las recetas y fórmulas que imparten a quienes los escuchan. Renuevan la piel, la carne y la sangre. Inician, provocan refulgentes mitosis en quienes las necesitan, volviéndolos conscientes de la plenitud primordial. En el gnóstico *Evangelio de Felipe* se dice que los fieles deben «recibir la resurrección mientras estén vivos». Y también que es necesario «resucitar esta carne, pues todo existe dentro de ella». Para que eso se cumpla, entre el rojo y el blanco, la experiencia del negro de la muerte debe preludiar el estadio del verdadero conocimiento, el de «Uno en Todo», en el que cada partícula refleja el universo, siendo este, a su vez, apenas otra partícula del macroántropos, de extensión infinita.

El Maestro de Nazaret ofreció en su momento, el don de la primera «célula», *ta*, el alfa/omega en los que está potencialmente contenida toda su enseñanza. Debemos suponer que lo hizo porque él mismo se consideraba una célula en el vasto cuerpo de la creación. ¿Que otra entidad viviente es madre, padre y hermana de sí misma sino la célula y qué otro hombre sintetizó a tantos sobre la faz de la Tierra? ¿Que otra gota de vida es más remota y a la vez más actual que una célula, y qué otra figura histórica continua

alimentándonos con igual intensidad la fantasía? Como terapeuta supo que para curar era necesario regenerar, es decir volver al Génesis, verdadero tratado genético en el cual, tras seis operaciones mágicas, la luz llega a hacerse vida.

En el interior de la célula de cada organismo vivo el ADN -ácido desoxirribonucleico- está esperando, entonces como ahora, una señal fosfórica, luminosa para actuar. Muy cerca, el ARN -ácido ribonucleico- se dispone a asistirlo. Habrá danza, un movimiento de origen galáctico que adoptará la forma de una doble hélice plectonémica, es decir entretejida, urdida de azúcares y fosfatos. Habrá danza fuera y danza dentro. En los *Hechos de Juan*, otro texto gnóstico, Jesús dice: «Al Universo pertenece el bailarín». La vasta coreografía en medio de la cual éste se mueve, está hecha de soles, planetas, meteoros, lunas, cometas, asteroides, plasmas, enjambres de estrellas que danzan en el cielo provocando una mimesis en las criaturas terrestres, las cuales, con sus coros de cromosomas, sus husos y ásteres, con sus alianzas, gametos, gestos, gritos, giros de húmedo amor celebran el halo del eco. Porque todo el temblor del cielo vibra en la noosfera, en esta delicada película de vida que nos incluye. Cuando el iniciado comprende que son los ojos de Osiris los que iluminan a Isis, fecundándola, y que la luz es voz sobre la negra matriz del silencio, percibe la eterna oscilación de Daat, el Conocimiento. El camino hacia el Árbol de la Vida, como el de la replicación celular, es cíclico; los acontecimientos de un periodo están determinados, condicionados o permitidos por acontecimientos precedentes. La oncenava sefirá cataliza el movimiento de las diez precedentes. El primer paso, en esta danza de doble hélice -hacia arriba por el blanco, hacia abajo por el rojo- es una contracción: el discípulo reflexiona sobre sí mismo, individualiza sus orígenes, descubre las columnas exteriores del Rigor y de la Gracia, la Grandeza o Compasión y la Fuerza o el Juicio. Luego rompe su límite nuclear, sus valores se alteran, su visión de la vida es grumosa. En seguida descubre sus tensiones ecuatoriales, su

bipolaridad, y su alma se curva, bajo el esplendor de la naciente realidad, como un eclipse.

En el estadio siguiente, la insoslayable polaridad es aceptada con valentía, la distancia asumida como perspectiva. Los extremos se recorren para acordarse, para reconocer su complementariedad.

Cuando el propósito es claro, la telofase nítida, se produce la ruptura, el desgarramiento de la citocinesis: el viejo ya ha parido un yo nuevo. El viaje al abismo celular, a la muerte, ha gestado la resurrección. Y así una y otra vez, porque nuestra existencia es una parábola de inagotable sabiduría que sólo por la parábola se manifiesta. «Llegándose, los discípulos le dijeron: ¿Por qué les hablas por parábolas? Y él respondiendo les dijo: “Porque a vosotros os es concedido saber los misterios del reino de los cielos (*ladaat razei malkut ha-shamim*) en hebreo. Porque a cualquiera que tiene, se le dará y tendrá más; pero al que no tiene, aún lo que tiene le será quitado. Por eso les hablo por parábolas, porque viendo no ven y oyendo no oyen ni entienden”», nos dice *Mateo 12:10*.

La palabra hebrea *ladaat* contiene, tal como puede detectarse, *Daat*, el Conocimiento; también los aludidos «secretos», *razei*, que a su vez porta dos de las letras claves que lleva sobre sus hombros el nazareno: *raz*, lo «misterioso», lo «oculto», cuya guematría - recordemos- equivalía a la de *or* «luz», 207. Para atravesar el *Libro de los Muertos*, con sus páginas insólitas y fúnebres y ver la *Salida a la Luz del Día*, hay que atravesar la noche del alma, tener para que se nos dé. Amar para ser amado, experimentar el éxtasis antes que el éntasis.

Feliz día y Shalom.